

debe cumplir, si no encuentra nada en lo cual pueda ocuparse honradamente, si sabe para qué está en el mundo. ¿Qué debe decir el que tiene ante sus ojos la miseria inexprresable del tiempo y las necesidades apremiantes de la humanidad, cuando ve movilizar escuadrones de dragones para impedir que oren en común unas cuantas viejas religiosas, enviar agentes de policía para expiar al predicador, á fin de que los bandidos tengan más propicias ocasiones de saquear las casas vacías? ¿Qué debe pensar cuando sabe que los curas se ven obligados á emplear, como bedeles y presidentes de oraciones, á sargentos demasiado roncós para poder jurar todavía, y demasiado gotosos para maltratar á los soldados? Parece que el Estado debe tener un concepto más elevado de su dignidad y de su honor. Pero basta observar á los niños cuando se arrojan bolas de nieve: la altivez de otras veces por la honorabilidad de sus padres desaparece; no hay miramiento alguno con los mejor trajeados; salen á la superficie las más bajas pasiones, y toda la atención se concentra en los que reparten más fuertes puñetazos y en los que juegan más hábiles tretas á los demás. Nadie se preocupa de que esto sea justo ó injusto, honesto ó infantil.

Este ejemplo, por vulgar que sea, ocurre con demasiada frecuencia en las grandes luchas. Por ridícula que sea una ventaja obtenida sobre la Iglesia, no deja de regocijarse por el momento. Sólo con profunda compasión puede uno ver cómo ésta, á pesar de toda su resistencia, es arrastrada á esta querrela indigna. Con razón dijo Aristóteles que las debilidades y los defectos en la vida del Estado son los mismos que en la del individuo. El gran maestro pertenecía al corto número de los que se colocan en un punto de vista más vasto que el del Estado, pues el de éste es generalmente muy estrecho, y he aquí porqué no veía en los acontecimientos públicos, que tan gran asombro inspiran á los demás, casi ninguna diferencia comparados con los sucesos que ocurren diariamente en pequeño en los individuos.

2. El Estado desde el punto de vista sociológico.

—Hoy debe esperar el Estado que le juzguemos aquí con más frialdad de lo que lo hubiéramos hecho en tiempo de las pelucas. Ya han pasado los días en que un Sajonia Coburgo-Gotha y un Sajonia Meiningen Eisenach creían considerarse como el centro de la tierra. En aquella época, era una cuestión universal, en torno de la cual gravitaba el globo terráqueo y la historia del pasado y del porvenir, la cuestión de saber si el soberano de Schaumburgo-Lippe-Bückburgo, debía llevar el título de *Eminentísimo Señor* ó solamente el de *Eminente Señor*. Las cosas han cambiado mucho. Vivimos en la época de la economía universal y de la política social. Del mismo modo que el latín y el griego han descendido del trono en que reinaban como soberanos en el mundo, y han tomado modestamente puesto al lado del letón y del kymris, así también toda nación que se lisonjaba en otro tiempo de marchar á la cabeza de la civilización y de imponer sus leyes al mundo, queda relegada al patio de un teatro, y debe considerarse como muy feliz si puede conseguir un sillón de orquesta al lado de las otras, y esto es también lo que ocurre con el Estado como institución política. Durante la florescencia del despotismo y del iluminismo, todo fué considerado desde el punto de vista de la omnipotencia del Estado, todo, caza y bosques, sal y agua, culto dividido y fundación eclesiástica, guerra, deshollinador y trapero. Hoy miramos todo esto con suma frialdad, porque entreveremos ya el momento en que las más importantes cuestiones políticas, la monarquía ó la república, los ejércitos permanentes ó una clase de funcionarios, serán únicamente considerados como partes subordinadas de la cuestión social.

Sin que ni remotamente lleguemos á pretender el don de profecía, podemos predecir que semejante transformación no se operará sin violentas sacudidas, y que el Estado exiará las pretensiones exageradas que ha emitido por modo tan brutal con relación á la Iglesia. Por lo demás, podemos desde ahora proclamar el resultado.

Sin duda que esto podría también ocurrir sin tormenta. Bastaría al Estado permanecer en la situación que le conviene en virtud de su naturaleza, es decir, considerarse como una parte de la sociedad universal, como un miembro del gran cuerpo humano, y reglamentar su conducta según esto. Entonces, el cambio que se realiza por modo irresistible, tendría lugar sin cataclismos, y el Estado conservaría una posición dominante en la nueva organización del mundo.

No queremos decidir si comprende los signos del tiempo, si puede prescindir de sus reivindicaciones enmohecidas y caducas, si ha conservado en el complicado mecanismo de su antiguo sistema suficiente movilidad para familiarizarse con las nuevas situaciones; pero lo cierto es que no es posible pensar en un cambio, si cada Schleswig-Holstein-Sonderburgo-Glücksburgo, cada Siberia, cada Patagonia y cada República Argentina, tiende á conducirse como Estado, como la humanidad ideal, como la idea fundamental de todo derecho, de todo poder, de toda civilización, como el Dios viviente y visible.

3. El Socialismo como castigo del desconocimiento de la doctrina social.—Mientras que los Estados permanezcan en este terreno, será tiempo perdido discutir las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Un Estado de esta especie ni siquiera comprende esta cuestión; ó mejor, la simple cuestión es ya para él un crimen de lesa majestad. Porque, si lo es todo, ¿cómo puede haber fuera de él, ó al lado de él, algo con lo cual deba entrar en relaciones? Si se le preguntase cómo quiere conducirse con la Iglesia, le parecería que no existe él solo, y que no lo es todo sin excepción.

Ahora bien, los hombres de Estado del antiguo sistema, jamás podrían familiarizarse con semejante modo de ver. Hace algunos años que fanáticos de Estado de este temple, se sentían emocionados ó molestados por esto, y consideraban como un revolucionario ó un loco al que hablaba del socialismo como de un poder creciente, con el cual

no podrían fácilmente luchar los Estados. Pero no era únicamente el orgulloso desprecio lo que cegaba así á los Estados y á sus campeones; es que ni siquiera podían comprender que existiese algo fuera del Estado.

De esta singular doctrina de su omnipotencia habíanse especialmente persuadido en su lucha contra la Iglesia; y cuanto con más frecuencia y tenacidad explotó esta lucha, tanto más se abismaron en sus innatos prejuicios, hasta el punto de que quedarían en verdad suficientemente castigados, si no hubiesen sacado otro provecho de la discusión que esta funesta ceguera.

Pero he aquí que, al lado de ellos, se alza otro poder gigante, del cual nadie siente mejor que ellos la existencia y el poder aplastador: el socialismo. Del mismo modo que la boa empieza por quebrantar todos los huesos de su víctima y la transforma en espesa papilla, antes de engullírsela, del mismo modo los Estados, al acariciar sin reflexión la quimera de su omnipotencia, han aplastado y transformado en parte todas esas asociaciones más ó menos grandes que se comprendían antiguamente bajo el nombre de sociedad civil, para absorberlas en seguida. Pero antes de que hayan tenido tiempo de advertirlo se ha levantado viva su víctima. Y como carecía de huesos, se ha transformado en un monstruo disforme. Aniquilada está la sólida y sencilla contextura de la antigua sociedad civil, y la idea que había presidido á esta organización, ó á otras semejantes, ha sido expulsada de los espíritus en grado tal, que precisamente se quiere crear, para oponerla á ella, una sociedad universal, en la cual debe borrarse toda diferencia, todo grado, toda independencia, toda particularidad de clases, y en la cual debe desaparecer todo, la familia, la corporación, el Estado, la Iglesia, como antiguamente desaparecía la sociedad en el Estado. Tal es el socialismo, obra del absolutismo, caricatura de la sociedad antigua.

Y ahora, ¿qué quieren hacer los Estados frente á este heredero? Aquí decimos siempre *Estados* y no *Estado*, no

por desprecio, sino por compasión. Parecería una burla, si quisiéramos vituperar á tal ó cual Estado, colocado en tan crítica situación, su antigua presunción, pagándole en la misma moneda, al decirle: «¡Ea, haz ver que eres el Estado; este es el momento oportuno!» Frente á la Iglesia, que, acordándose de su situación, no se conducía como sociedad, sino modestamente como una parte de la sociedad universal, todo Estado rebosaba de orgullo, y ni siquiera le permitía considerarse como una parte de conjunto, porque sólo él era el conjunto, la sociedad, en una palabra, sólo él era el Estado. Pero ahora ha entrado en lucha otro adversario, el cual también quiere serlo todo, también quiere ser la sociedad, pero que no posee en manera alguna la modestia de la Iglesia. Gracias á Dios, todavía no abarca la sociedad humana por completo, pero ha ganado ya tal poder y extensión, que los Estados particulares, y en gran número, ya no pueden existir.

En adelante, ya no hay que hablar del Estado, pues padece como la luna cuando sale el astro del día. Todo Estado particular daríase ahora por muy satisfecho, si pudiese hallar auxilio y protección en otro Estado, y se consideraría feliz, si todos los Estados quisieran unirse para aniquilar el espectro rojo. Pero ¿quién puede pensar en ello, si, aniquilando al Estado vecino, se esfuerza cada Estado en hacer desaparecer los últimos obstáculos, para que el socialismo pueda realizar más fácilmente su misión? Las cosas han llegado hasta el punto de que el socialismo casi se siente impulsado por la necesidad de vengarse de los que con tanto desdén han despreciado los principios de la doctrina social cristiana.

4. La Iglesia como doctora de la verdadera sociología.—Quizá sería todavía posible prevenir los acontecimientos extremos, si quisiesen, por lo menos en la última hora, darse cuenta, estudiando el socialismo, de esta verdad, por tanto tiempo desconocida, referente á la sociedad humana. Ciertamente, no es difícil de comprender, con tal que se ponga á contribución para ello la sinceridad del

corazón y la buena voluntad. Esperamos que llegue la hora en que se cumplan estas palabras: «La necesidad será tal, que entenderéis las palabras de la verdad». ⁽¹⁾

Estas palabras de la verdad son tan sencillas como naturales.

Según el designio del que la ha creado, toda la humanidad constituye una gran unidad, y una unidad tal, que, según la doctrina cristiana, hay, por el hecho de un sólo hombre, unidad en la caída del género humano y unidad en su rescate.

La humanidad es, pues, un todo, un pueblo viviente, una sola personalidad. Así como el cuerpo humano no es una masa en la cual no se distinga diferencia alguna, sino que está compuesto de muchas partes, y así como éstas no están ligadas inmediatamente al conjunto, sino desde luego unidas entre sí, para formar miembros más ó menos grandes, por medio de los cuales se unen al conjunto, así también ocurre con el gran organismo de la sociedad humana.

Cada uno de los miembros individuales tiene su puesto y sus funciones, que le son indicados por la ley natural. Ninguno está allí únicamente para sí; todos están adscritos al servicio del conjunto. Si obra con fidelidad en éste, cumple su misión. Todos son legítimos, y encuentran su honor y su dignidad persistiendo en su destino natural. Todos no son igualmente importantes para el bien de la totalidad, pero todos contribuyen á realizarlo á su manera, y pueden reivindicar así el honor de desempeñar dignamente su cargo. Por esto, cada miembro debe respetar al otro como á sí mismo, considerar su bien y su juicio como los suyos propios, apartar de él los peligros y fomentar sus intereses, porque cada uno es un miembro del todo, de cuya prosperidad depende el bienestar de la unidad. En la vivacidad de este sentimiento para con la sociedad, se reconoce muy bien si un miembro ocupa su puesto y cumple sus deberes sociales.

(1) Isaías, XXVIII, 19.

Según esto, ningún miembro individual es el todo, ni puede jamás serlo, mientras éste sea concebido como organismo. Ni siquiera la Iglesia reivindica la gloria de ser la sociedad humana, sino que se considera, desde el punto de vista social, como una parte de la totalidad. Con mayor razón, pues, los demás miembros de la humanidad, la familia, las diferentes asociaciones fundadas con miras á la adquisición, á las relaciones, á la protección y á la instrucción, comprendidas bajo el nombre de sociedad civil, así como los numerosos Estados, que, por el solo hecho de su cantidad, prueban que cada uno de ellos es un miembro ordinario y subordinado del cuerpo total de la sociedad, no pueden pensar en traspasar esta situación.

La prosperidad de estas asociaciones depende, pues, de que cada una de estas partes ocupe el puesto que le está asignado, y que ninguna se conduzca jamás como independiente del todo, como miembro aislado, ó como el mismo todo. Depende también de que todas las contexturas sociales individuales, que consideran la solicitud por el bien del conjunto como su propio bien, á fin de amar, de defender y de sostener todo otro miembro á causa de la totalidad, cumplan siempre fielmente sus deberes. En una palabra, depende de que todos sin excepción, los más circunspectos y los más fuertes á la cabeza, consideren las dos grandes ideas de organismo universal y de solidaridad universal como la base fundamental de la vida social.

5. La Iglesia á la cabeza de la sociedad.—Semejante concepción no se opone á que las partes individuales tengan diferente importancia para el conjunto, y á que, entre los miembros, tengan los unos una misión más restringida que los otros.

La Iglesia, como órgano por virtud del cual pone la sociedad las bases de todo orden público y de toda vida interna, ejerce sin contradicción una influencia superior á la de la familia. En efecto, ésta no se ocupa más que en la vida interior de un corto número de individuos, del mis-

mo modo que los Estados aislados no se ocupan más que en el orden público de una parte de la humanidad.

Si es verdad—y ya no dudaremos de ello—que la religión y la moral son los mayores bienes de la humanidad, los bienes de que menos puede prescindir; si es verdad que toda otra disposición de la vida privada como de la vida pública, y el derecho en particular, dependen de ellas, no es posible discutir este principio, á saber, que, entre todas las contexturas sociales, ocupa la Iglesia el primer puesto.

Sin duda que los tiempos son demasiado serios para que las pequeñas discusiones sobre la preeminencia, de que con tanta frecuencia ha sido testigo el mundo, se renueven sobre este punto.

Mientras la religión, la conciencia y la moral ejerzan influencia sobre el corazón, toda tentativa para aniquilar este orden será inútil. Sabemos que, por regla general, una lucha abierta aumenta la convicción de la inviolabilidad de los derechos de la Iglesia y el entusiasmo por ella. El aumento de una verdadera cultura del corazón y del espíritu, así como la consolidación del sentimiento de la libertad personal, fomentan á su vez la adhesión á la causa de la Iglesia. Sólo las masas, que, en tiempos de sobreexcitación, se someten sin juicio y sin voluntad á la consigna y á la violencia de la opinión pública, se dejan excitar por algún tiempo á la lucha contra la Iglesia; pero también en ellas no tarda en abrirse paso la calma. Toda tentativa para influir en los espíritus, á fin de que rehusen á la Iglesia sus derechos, se cambia temprano ó tarde en acontecimientos contrarios, porque el hombre es demasiado amante de sus derechos personales, de su libertad y de la independencia de su pensamiento, para permitir que se haga de él aquí un esclavo. Finalmente, la conciencia es un poder sobre cuya influencia jamás se ha equivocado un Estado, sin acarrearle el mayor perjuicio. Pueden burlarse de este hecho, pero jamás se le destruirá, y siempre que los Estados intenten atacarlo, se convencerán del formi-

dable poder que suscitan contra ellos. Si quisiese la Iglesia entrar en semejante lucha; si no temiese dar la prueba de hecho; si tan sólo una vez quisiese llamar á los hombres á la resistencia por deber de conciencia, y lanzarlos al combate, para reivindicar sus derechos contra las pretensiones ilegítimas de tal ó cual Estado, ¡ah, qué cosas veríamos!

Pero precisamente porque, en todas las reivindicaciones de la Iglesia, no se trata más que de la conciencia, de la religión y de la moral, importa, pues, soberanamente, en este momento decisivo, reconocer solemnemente su preeminencia. Querer negarla, equivaldría á pretender que las tres palabras citadas nada significan, ó por lo menos, arrebatarle toda influencia en la vida pública.

Inútil decir lo que esto produciría en la situación actual del mundo. Apenas si ha habido un tiempo en que haya sido tan necesario como ahora fundir á la humanidad en un solo todo, predicando desde todos los tejados que la conciencia, la moral y la religión son el centro alrededor del cual deben agruparse todos los que toman en serio la salud de la humanidad. Preciso es un sentimiento religioso convencido, una moral rigurosa, una conciencia inquebrantable, para afrontar las tempestades y las olas embravecidas. Toda nuestra vida pública debe armonizarse con la conciencia, la moral y la religión, para que se mejore la situación, y para que el nuevo orden social, en el cual debemos poner mano, se edifique sobre sólida y segura base.

Pues bien, estos tres principios, de cuya oportunidad y necesidad nadie dudará á la hora presente, pueden resumirse en una corta frase: Preciso es devolver á la Iglesia el respeto que le es debido, y devolverle su influencia en la humanidad, colocándola de nuevo á la cabeza de la sociedad.

6. Realización del reino de Dios.—Así quedarán resueltas todas las demás cuestiones que han surgido siempre en épocas de trastorno intelectual. Nadie pensará ya en esas desdichadas cuestiones, que el liberalismo, ese fau-

tor de desórdenes y de discusiones, ese elemento de disolución, ha suscitado siempre en los tristes días de su dominación, durante los cuales se ha dislocado todo lo que Dios y la naturaleza habían unido por modo indisoluble: la religión, el derecho, las costumbres, la jurisprudencia, la política, la economía, el Estado, la Iglesia, la escuela, el matrimonio, la educación, la fe y la ciencia, y durante los cuales no se oía hablar más que de supresión y separación, únicas cosas de que ese afeminado sin vigor se mostraba capaz.

Ha llegado ya la hora de unir, de formar, de enderezar, con lo cual ahorraremos al nihilismo la empresa que persigue de aniquilar la sociedad.

No hay que buscar el remedio á los males de la época en la separación de la Iglesia y del Estado, sino precisamente en la vuelta á la unión de la Iglesia con la sociedad.

No decimos en la unión de la Iglesia y el Estado, sino de la Iglesia y la sociedad. El Estado es únicamente una parte de la sociedad, la cual se ha arruinado por culpa de aquél. La restauración de la sociedad debe consistir en que el Estado vuelva á sus límites, y en que todos sus miembros mantengan íntimas relaciones entre sí y se armonicen sus actividades: el Estado, la Iglesia, la familia, la sociedad civil, la cultura del derecho, la economía política, la ciencia, la escuela, la educación, el matrimonio. Cada uno de estos elementos debe ocupar el puesto que le corresponde, y cada uno debe quedar garantido en sus derechos; pero todos deben también emplearse en servicio del conjunto, y todos deben permanecer pacífica y mutuamente unidos. Y así también, las ideas de organismo y solidaridad deben ser verdades en cada rama de la vida, del pensamiento y de la acción humana. Hay que fundar una sociedad universal.

En ella debe ocupar la Iglesia el primer puesto, y todos los otros miembros deben vivir en armonía con ella. Toda actividad de la sociedad, como toda la de sus individuos, debe concertarse con sus leyes, es decir, con las le-